

No somos más competitivos bajando los salarios

Profesor de economía aplicada de la Universidad Complutense de Madrid y coordinador del área de economía del Consejo Ciudadano Autonómico de Podemos

Uno de los axiomas básicos que han justificado las políticas de represión salarial plantea que son necesarias para reforzar la competitividad externa.

En trazos gruesos, la lógica que sostiene esa afirmación puede resumirse así. Como los costes laborales son esenciales en la formación de los precios, su contención repercute positivamente sobre éstos, lo que sitúa a las empresas en mejores condiciones que sus rivales para colocar en el exterior los bienes y servicios que producen. El ajuste en los precios ofrece una ventaja competitiva que refuerza las capacidades exportadoras, traduciéndose en mayores cuotas de mercado.

Instalarse, sin mayores prevenciones, en esa lógica significa aceptar cuatro supuestos, que me limitaré a enunciar de manera telegráfica. El primero ellos sostiene que los costes laborales representan, con carácter general, un porcentaje decisivo de los costes totales de la empresas. En segundo lugar, se presupone la existencia de una relación lineal entre los costes que las empresas soportan, laborales y no laborales, y los precios finales a los que comercializan su output. Se afirma, en tercer lugar, que los precios ocupan una posición central a la hora de definir la posición competitiva de las empresas. Y en cuarto lugar, quienes razonan en esta dirección aceptan que el modelo de crecimiento basado en el motor de las exportaciones pueden seguirlo todas las economías al mismo tiempo, con similares posibilidades de éxito.

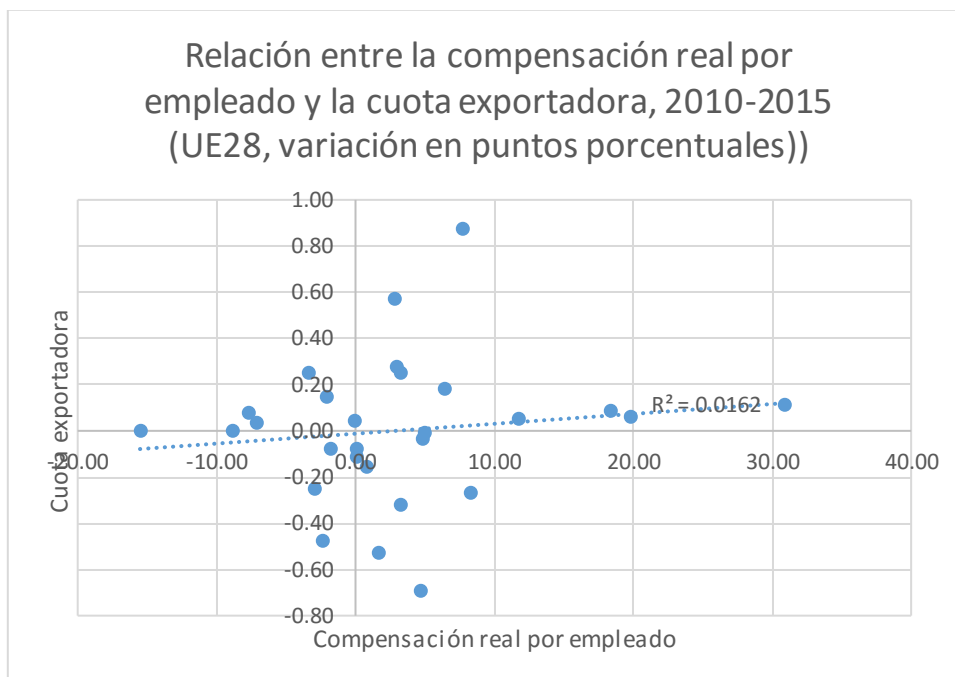
No es el objeto de estas líneas examinar la consistencia de estos supuestos, que, a pesar de su evidente debilidad, teórica y empírica, se dan por buenos en el razonamiento convencional. Es un debate que, sin embargo, los economistas y los responsables políticos no deben omitir, pues, si se aborda con rigor, nos acerca a la economía que realmente existe, al tiempo que nos puede proporcionar herramientas para salir de la crisis. Introduce en la reflexión aspectos tan importantes como el estudio de los mecanismos de formación de precios en estructuras empresariales con perfil oligopólico o el de los factores distintos del coste laboral y del precio en las estrategias competitivas.

Pero ahora tan sólo quiero llamar la atención del lector sobre el gráfico siguiente, donde se relaciona, para el conjunto de países que forman parte de la Unión Europea (28 miembros) y para el periodo 2010-2015, las trayectorias seguidas por los salarios reales y las cuotas de mercado.

Volviendo a la lógica de razonamiento de la economía dominante, mencionada al comienzo del texto, aquellos países que hubieran aplicado con mayor rigor las políticas de moderación salarial, deberían haber defendido con éxito o mejorado sus posiciones exportadoras. No es eso, sin embargo, lo que sugiere la evidencia empírica disponible. Simplemente, no se aprecia esa relación, y, mucho menos, la presunción de un nexo causal entre salarios (contención) y competitividad (fortalecimiento). Si acaso, lo contrario, la línea de regresión sigue una moderada tendencia ascendente.

En esta encrucijada, con los datos apuntando en esta dirección, caben dos alternativas. La primera, ya conocida, mantener, contra viento y marea, las virtudes de las políticas salariales aplicadas con especial virulencia en estos últimos años (pero que ya cuentan con una dilatada trayectoria en la Europa comunitaria). Justificar unas políticas que no nos hacen más competitivos, ni nos sacan de la crisis económica y que tan sólo sirven para alimentar una cultura empresarial muy conservadora.

La segunda, la que necesitamos con urgencia. Teniendo en cuenta que los logros de las políticas de represión salarial son limitados y, en el mejor de los casos, de corto recorrido, no queda otra que comprometer a los actores sociales y a los poderes públicos en un debate estratégico sobre las carencias productivas y tecnológicas de nuestro tejido empresarial. Y no olvidemos dar la centralidad que merece en ese debate a las hipotecas y los límites derivados de situar la competitividad en el centro de nuestra política económica.



Elaboración propia, a partir de Ameco, Eurostat.